SEMINARISTAS AL SERVICIO DE UNA IGLESIA EN CAMINO

Vivimos el Día del Seminario inmersos en la fase diocesana del Camino Sinodal. La Iglesia está en camino constantemente puesto que sigue a Jesucristo, camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6). Ella sale constantemente a los caminos para proponer la buena Noticia a todos, pero especialmente a los que sufren y sienten en sus carnes la fragilidad. El Sínodo universal convocado por el papa Francisco nos invita a todos a ponernos en camino juntos. También los sacerdotes estamos llamados a caminar con todo el pueblo de Dios, poniéndonos a su servicio. Quienes así lo hacen son un poderoso testimonio para los actuales seminaristas.

A semejanza del Señor que reunió al grupo de los apóstoles, en el Seminario se vive en comunidad, estableciendo entre los seminaristas lazos de fraternidad y de amistad sincera. La relación personal con el Maestro no excluye, sino que se enriquece con la presencia de compañeros y la vivencia en comunidad de la fe y de la vocación. Esto es preparación y anticipo para un estilo de ser sacerdote y estar presente en medio de la Iglesia y del mundo. El sacerdote "enraizado profundamente en la verdad y en la caridad de Cristo, y animado por el deseo y el mandato de anunciar a todos la salvación, está llamado a establecer en todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y de la paz" (JUAN PABLO II, PDV 18)

Un toque de atención muy urgente: "La formación comunitaria es especialmente necesaria y urgente en el contexto sociocultural actual, caracterizado por un mundo cada vez más globalizado e interconectado, pero menos comunitario y fraterno, y por un hombre posmoderno, uno de cuyos rasgos es el individualismo egoísta y autorreferencial que dificulta seriamente la vida en comunidad" (PFS, "Formar pastores misioneros" n 143). Como sacerdotes debemos sabernos unidos a un presbiterio, llamados a trabajar en común y a acrecentar la fraternidad sacerdotal. Una fraternidad sacerdotal que no es opcional, sino esencial en nuestra vocación.

En el Seminario, los seminaristas aprenden a vivir el servicio a los hermanos, como parte integrante y fundamental de la vocación. Los intereses egoístas y el provecho propio han de desterrarse y debe dejar lugar al progreso de una vocación recibida para ser entregada. Sólo desde la entrega la vocación sacerdotal recibe todo su sentido. El ejercicio del ministerio sacerdotal conlleva servir a las comunidades a las que somos enviados. En el servicio discreto y silencioso, alejado de protagonismos, pero rico en experiencias alegres, los sacerdotes descubren unidos a otros hermanos sacerdotes a quien no vino a ser servido, sino a servir y a entregar su vida por la salvación de todos.

El Seminario supone un momento de despojamiento, no solo porque introduce en la dinámica del servicio, sino también de la renuncia a los propios planes y proyectos en aras de una entrega total y sin reservas. El sacerdote debe ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de 'celo' divino (cf 2 Cor 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno" (PDV 22). En la Iglesia, siempre en camino, necesitamos servidores de la mesa de la Palabra y los sacramentos, dispuestos a lavar los pies de los hermanos y a ser ungidos para hacer presente a Cristo siervo y pastor.

Contemplando la disponibilidad de san José al plan de Dios, pidámosle por los seminaristas, para que se dispongan a servir desde el ministerio sacerdotal al pueblo de Dios que está en camino. Y por su intercesión surjan muchos jóvenes en nuestras comunidades cristianas dispuestos a responder a la llamada de Dios

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander